

# Influencia de Antonio de Trueba en la obra SAN MANUEL BUENO, MARTIR de Unamuno

Por JORGE ARMANDO SANTANA

Cantidad de estudios se han hecho sobre Miguel de Unamuno, ya sean sobre sus ideas filosóficas o ya tratando sus novelas, teatro o poesía. Han figurado como principales repercusiones en la obra literaria de Unamuno los grandes hombres de filosofía y de literatura. Muchas han sido tales influencias, algunas más evidentes y confirmadas por el escritor, otras no tan obvias y sin comentario alguno del autor. El propósito principal de este breve estudio es analizar una influencia en Unamuno, comentada por él pero poco analizada por los críticos y literatos. Como fuente primordial de comparación en este estudio se utilizarán las siguientes dos obras: *Mari-Santa* de Antonio de Trueba y *San Manuel Bueno, mártir* de Miguel de Unamuno.

Como base fundamental y punto de arranque de la hipótesis citaremos el comentario de Unamuno que nos presenta tal influencia. Dice el: «Y no me olvidaré el profundo efecto que me causó la lectura allá, por las noches, de la candorosa novela de Trueba *Mari-Santa* al ver que en un libro se hablaba de lugares que podía yo ver...» (1).

Tomando esta confesión como guía inicial averiguaremos si tal novela o el autor citado ha ejercido en la obra literaria de Unamuno influencia alguna. Será difícil investigar el grado de impacto ejercido por Trueba en la conducta o carácter personal de Unamuno ya que psicólogos o psiquiatras serían más capacitados para emprender esta labor. Lo que aquí interesa estudiar es la repercusión literaria de Trueba que existe en dicha obra de Unamuno.

Ante todo se puede decir que la semejanza de sus biografías es factor importante en este estudio. Ambos, Trueba y Unamuno, nacieron en la provincia de Vizcaya; el primero en 1819 y el segundo en 1964. Trueba nació

---

(1) MIGUEL DE UNAMUNO, *Recuerdos de niñez y de mocedad*, (Madrid: A. Aguado, 1958), I, p. 299.

en Montellano, una aldea de las Encartaciones de Vizcaya tan próximo a Santander como a Bilbao. Unamuno, a su vez, nació en Bilbao, capital de Vizcaya. La juventud de los dos es rodeada de un ambiente más vasco que castellano, tanto por las costumbres de esas regiones del norte de España como por el habla. A pesar de confesar que no habla el vascuence, Trueba admite entenderlo, hecho afirmativo que de Unamuno se sabe.

Debemos de considerar de nuevo la cita anterior de Unamuno porque en ella se encuentran algunos razgos importantes. Antonio de Trueba en el campo de la literatura es poco conocido hoy fuera de la península Ibérica y hasta casi fuera del País Vasco español.

Los críticos han tratado poco a Trueba. Los que lo han estudiado opinan que él se clasifica del mismo género de Fernán Caballero y José María de Pereda, o sea, de costumbrista. Es cosa común ver en las distintas novelas o cuentos de Trueba descripciones de labores rutinarios del hogar o del campo vascongado; la vida cotidiana y comunal de sus personajes y los pensamientos de ellos. Todo esto es descrito de una manera sencilla y siempre tendiendo al extremo del pesimismo. El aspecto que suele tener el cuadro vasco de Trueba se inclina hacia tonos color de rosa y ligeros azules en vez de opacos o negros.

Antonio de Trueba escribe principalmente a fines del romanticismo cuando el costumbrismo empezaba a establecerse para convertirse más adelante en tendencia realista.

Sus obras, como anteriormente se ha indicado, fueron sinceras y se diseminaron fácilmente entre la gente sencilla y amable de las Vascongadas. Como propósito central él intentaba que sus obras y cantares sirvieran de descanso al campesino retornado del campo con su yunta de bueyes; de la madre que encontraría en la lectura distracción de sus quehaceres hogareños y recreo para los hijos. La obra literaria de Trueba, poco presuntuosa, trataba gente sencilla —campesinos, madres e hijos— y para ellos Trueba principalmente escribía.

Cuando por vez primera salió *Mari-Santa*, en 1874, el joven Miguel de Unamuno contaba con diez años, edad que no deja de ser impresionable para el niño. No fue, sin embargo, ésta la única obra que Trueba había escrito para esas fechas. Más bien se podrá decir que la fama de Trueba se había establecido con otras obras y poesías anteriores. Los *Cuentos populares* (1862), *Cuentos de color de rosa* (1864) y *Cuentos campesinos* (1865), entre otros, lograron más fama que *Mari-Santa*.

Para un joven de diez u once años es difícil comprender y asimilar sitios lejanos y costumbres distintas a las que él acostumbra ver o hacer. No es, por ello, problema entender letras que tratan de iglesias en dónde uno

ha rezado; montañas y cerros verdes que uno ha subido o en valles donde se ha jugado o visitado. Hay hombres fuertes con boinas negras sobre la cabeza, hablando el antiguo vascuence; sonrientes y simpáticas mujeres que ayudan en la labor doméstica. Tal se supone ha sido, y con bastante razón, la reacción de Unamuno con las obras de Trueba.

Ahora bien, debemos de considerar la obra de Unamuno que mejor atestigua estas influencias de su lectura de joven. El lector que ha leído alguna novela de Trueba y luego lee *San Manuel Bueno, mártir*, encontrará una semejanza asombrosa. No hay exageración alguna en decir que *cualquier* novela de Trueba. Pues en las obras de éste se encuentran ciertos rasgos de estilo y técnica comunes en casi todas sus obras... rasgos que vuelven a repetirse años después en dicha obra de Unamuno.

El escenario de ambas novelas tiende a ser el mismo, o por lo menos, situado en el norte de España. Más concretamente se podrá decir que está situado en el País Vasco. Trueba ha colocado la acción de su novela *Mari-Santa* en las próximas afueras de Bilbao que a su vez resulta tomar aspecto de aldea o pueblecillos. Esto es que antes solían ser grandes casas agrupadas en comunidades pequeñas. De esto no hay duda. El nombre de la aldea en *San Manuel Bueno, mártir* se llama Valverde de Lucerna, mientras en *Mari-Santa* es principalmente Gorostiza. Esta es un caserón que toma su nombre de la familia que lo habita. A poca distancia hay otras familias. La frase que mejor confirma que tal relato de Unamuno toma lugar en Vizcaya o, por lo menos en el País Vasco, es cuando habla sobre una actividad de Don Manuel, el protagonista central: «Solía hacer también las pelotas para que jugaran los mozos...» (2). Seguramente aquí la pelota aludida es la que los vascos usan en el deporte de frontón, o también la de bolos. Ambas pelotas eran construidas entonces de madera.

El escenario de *San Miguel bueno, mártir*, además, parece ser norteño al mencionarse un lago y un castaño con una montaña. Estos cuatro aspectos —la aldea, montaña, lago y castaño— son lo único que compone el escenario en la historia de Don Manuel. Aquí Unamuno alaba repetidas veces las virtudes de la aldea, lo bello del lago y de la montaña.

Para Trueba la descripción de la naturaleza fue tema predilecto en la mayoría de sus obras y de ellos venía uno de sus méritos como literato.

Es importante notar que *San Manuel Bueno mártir* se desvía de lo normal como obra típica de Unamuno. En sus otras novelas, por ejemplo, *Niebla*, *La tía Tula* y *Abel Sánchez* el escenario es de poca importancia. Sin embargo en *San Manuel Bueno, mártir* es importante lo sublime del lago y la montaña.

(2) MIGUEL DE UNAMUNO, *San Manuel Bueno, mártir* en *Obras selectas*, (Madrid: Ed. Plenitud, 1965), p. 855.

Rodríguez-Alcalá, comentando sobre el uso continuo y sugestivo del lago y la montaña dice: «Unamuno infunde al escenario de su relato la máxima universalidad posible dentro del orbe cristiano: apela a la conciencia histórica de toda la cristiandad». (3).

El castaño y nogal son árboles que Trueba estima como indispensables para mejor describir sus valles. Mientras, en la obra unamuniana que aquí tratamos, vemos tales dos árboles salpicados a través de ella. Pero cuando se trata de lago y montaña notamos el frecuente uso de ellos

Encontramos la siguiente semejanza. «Cuando yo era niño oía contar que el diablo se aparecía al que le invocaba la noche de San Juan a las doce en punto en sitio donde no se oyeran campanas» (4). Así nos describe Trueba esta leyenda que vuelve a aparecer también en *San Manuel Bueno, mártir*, no una, sino dos veces. «En la noche de San Juan, la más breve del año, solían y suelen acudir a nuestro lago todos... que se creen poseídos, endemoniados...», (p. 851). Esta es la primera vez que Unamuno la cita. Dos páginas más adelante Angelina Carballino escribía que ella «oía las campanas de la villa que se dice aquí que está sumergida en el lecho del lago —campanadas que se dice también se oyen la noche de San Juan—». (p. 853).

Las dos obras son bastante distintas en su fin o propósito. *San Manuel Bueno, mártir* es novela que penetra en las ideas y psicología de los personajes mientras las obras de Trueba se concentran en general en las acciones de los personajes y el ambiente que les rodea. Unamuno intenta exponer las preocupaciones y angustias de sus personajes sin diagnosticar algún alivio o solución. *Mari-Santa* se sitúa en todo un ambiente de bienestar y como consecuencia sus personajes son productos de ello. La grande semejanza, mencionada anteriormente, existe en la técnica y estilística de dichas obras.

Antonio de Trueba tal vez no alcanzó su merecida fama literaria debido a lo dulzón de la mayoría de sus obras. Verdad es que en ellas predomina el optimismo, un optimismo que tiende a lo exagerado. Por lo menos él gustaba de presentárnoslo así; alegre, contento, casi casi un paraíso en la vida rural del norte. Tal vez así siempre le pareció.

Hay en las obras de Trueba el exagerado uso de las lágrimas, ya sea a causa de un acontecimiento alegre, ya sea por alguno triste. En *Mari-Santa* se hallan no pocos casos de ello. Veremos algunos que comprueban esto. Por ejemplo «Francisco y yo llorásemos de alegría al volvernos a ver».

(3) HUGO RODRIGUEZ-ALCALA, *Sugestión e ilusión*, (Xalapa: Universidad Veracruzana, 1967), p. 19.

(4) ANTONIO DE TRUEBA, *Mari-Santa*, (Madrid: A. de Carlos e hijo, 1874), p. 16.

(p. 12). O cuando «exclamó *Mari-Santa* con los ojos arrasados en lágrimas de ternura». (p. 43-44). El autor escribe que «Olabeaga es un mar de lágrimas». (p. 52). También de nuevo sobre «las abundantes lágrimas que *Mari-Santa* derramaba». (p. 55).

Y no únicamente en *Mari-Santa* se encuentra este exagerado empleo de lágrimas. Es común ver que Trueba utiliza esta técnica en *Cuentos y cantares* al decirnos el modo de «enjugarse las lágrimas que derrama con frecuencia...» (5) un protagonista. O también de la misma colección, el breve cuento titulado «El judas de la casa», en donde «Ignacio, cuyos ojos se arrasaban en lágrimas». (p. 319). Es frecuente la escena en la cual «se abrazan todos, llorando como chiquillos» (p. 322).

Unamuno también hace uso exagerado de las lágrimas en la obra que aquí tratamos. Para citar algunos ejemplos vemos que en *San Manuel Bueno, mártir*. «Se les saltaban a todos las lágrimas, con gran regocijo». (p. 852). Y además «todos, niños y grandes, lloraban y lloraban tanto de pena». (p. 856). Como último de tantos otros ejemplos comenta que «El pobre Don Manuel lloraba de alegría». (p. 863).

Lo que más sorprende leer es el uso tan frecuente de las escenas lacrimosas y lo exagerado de ellas. No es extraño ver en las obras de Unamuno a los personajes derramando lágrimas, ya que en su mayoría los temas que trata se basan de una angustia mental y psicológica. Pero tampoco es de extrañar que se asemeja a Trueba al recurrir a las lágrimas en escenas de alegría y júbilo.

Como otro punto de interés y prueba de influencia del uno al otro autor se notará que ciertas ideas se revelan por medio de algunas frases que ambos emplean. Hablando sobre la vida rural comparada con la urbana dice Lázaro, protagonista de *San Manuel Bueno, mártir*: «En la aldea se embrutece y se empobrece uno». (p. 860). Más tarde Lázaro dejaría de opinar de tal manera al comprender el doloroso secreto de Don Manuel. El paralelismo existe en el diálogo que graba Trueba en *Mari-Santa*: «Y que quiere Vd. que se haga en la aldea sino embrutecerse?» (p. 20).

El costumbrista Trueba al intentar captar lo esencial de sus protagonistas, que en su mayoría eran gentes sencillas, les imita el hablar: «...y dijo yo no sé qué dulcísimas cosas a su mujer». (p. 376). Mientras tanto el padre Don Manuel repite: «Y qué sé qué más...» (p. 857) La semejanza de ideas y frases para expresarlas es bastante evidente.

Ambas novelas hacen trato especial al árbol. Trueba cuenta la larga historia de «el roble de Arbeito», capítulo en *Mari-Santa* del mismo título.

(5) ANTONIO DE TRUEBA, *Cuentos y cantares*, (Madrid: Aguilar, 1959). Estudio previo de A. M. Escudero, p. 303.

Hay, además, otros capítulos dedicados a los árboles, uno con el título de «La encina de la Salve» y el tercero nombrado «Los árboles». Trueba siente un verdadero cariño hacia el árbol que adorna los valles, que dan «hermosura, sombra, salud, aroma, fruta, al lugar en que vegeta». (p. 223).

Es importante indagar un poco más sobre este punto. El roble de Arbeito permaneció más de seiscientos años en su sitio, considerado por su vejez casi como monumento de esa región. La encina de la Salve era ese árbol altísimo que amparaba del sol a los caminantes yendo a la ermita cercana. También fue importante para los marineros que se salvaban de las tempestades del mar y «fijaban victores a la Virgen en el tronco de esta encina». (p. 121).

El fin de la encina de la Salve, después de haberla derribado los Carlistas (según Trueba), fue labrarla en una imagen a la Virgen. Aquí existe el paralelo con el árbol que nos presenta Unamuno: «Un nogal matriarcal le llamaba—, a cuya sombra había jugado de niño (Don Manuel) y con cuyas nueces se había durante tantos años regalado». (p. 855). Atención se debe poner a la encina de la Salve, convertida en imagen de la *matriarcal* Virgen y al nogal en *San Manuel Bueno, mártir*.

Es posible que Unamuno recordara dicha encina al comentar sobre el nogal, el árbol, que en vez de ser «patriarcal» resulta ser «matriarcal».

Los personajes que Unamuno describe en sus novelas se revelan al lector, trocito por trocito, por vía sublime, revelando su carácter o espíritu a través del diálogo. Leer las novelas de Unamuno es darse cuenta que la descripción materialista o física le era secundaria al fin de su escritura, utilizándola lo menos posible. Unamuno prefería describir las sensaciones al paisaje, el pensamiento abstracto en vez del ambiente material. Trueba por su lado, dirígá sus personajes por valles, senderos, bosques y montañas. Para él la acción valía más que el pensamiento o la idea filosófica. He aquí la primordial diferencia entre las creaciones ficticias de ambos autores.

A pesar de estas diferencias personales no es, sin embargo, difícil notar que ciertos personajes en *San Manuel Bueno, mártir* bien se pueden encontrar en las novelas de Antonio de Trueba.

Figuran como personajes principales, o a los cuales Trueba hace referencia a menudo, varios estereotípicos. Entre ellos hay los padres ideales y sagrados; la hija muy humilde y llena de ilusión y el indiano que ha ido a América en busca de fortuna. Debe mencionarse el tipo del párroco aldeano, que representa la religión. Dichos personajes se encuentran tanto en *Mari-Santa* y «El judas de la casa» como en otras obras del mismo. Estos cuatro tipos, además, los hallamos en la obra central de Unamuno que aquí tratamos. A este punto es mejor analizar detalladamente cada personaje.

Los padres, y especialmente la madre, representan los seres que hacen mil y uno sacrificios para los hijos, según opinión de Trueba. La madre es paciente, hogareña y cuidadosa del bienestar de sus hijos y cualquier acción de ellos, buena o mala, penetra su corazón. En *Mari-Santa* los padres, y protagonistas principales, son don Juan y su esposa Mari-Santa Gorostiza. Ellos tratan de guiar a sus hijos, Leandro y Teresita, por el sendero correcto. En cuentos que tratan de los padres, Trueba les da una importancia en cuanto a respeto y valor moral. En su mayoría uno o ambos padres mueren durante el transcurso del cuento.

En *San Manuel Bueno, mártir* la madre de Angelina y Lázaro Carballino es viuda y a mediados de la obra fallece, invocando que sus hijos recen por su alma.

La caracterización de la hija o hermana (según el caso) como personaje importante es frecuentísimo en las novelas o cuentos de Trueba. Figura en *Mari-Santa* la niña Teresita, «que va saliendo pintada a ella (su madre)», (p. 242) según comenta un criado de la familia. Suele ser, la figura de la hija, hogareña, con tendencia a lo religioso y frecuentemente cuida de sus padres y hermanos. Tal descripción le conviene a Teresita, en dicha obra, como a Juana en «El judas de la casa». Ambas son obras de Antonio de Trueba.

Angelina, protagonista unamuniana, cumple fielmente con todos los mandatos de su madre yacente en el lecho de muerte. Ella se había educado en un colegio de monjas y saliendo de éste toma el cargo de sacristía para el padre Don Manuel. Al fallecer su madre toma cargo también de su propio hogar.

La figura del indiano, que a menudo es hermano, hijo o pariente del personaje principal, en sí merece un estudio. Trueba veía la salida de los jóvenes para América como una gran catástrofe. Le era incomprensible la razón por dejar los amenos valles y familias (algunos sus novias) en busca de aventuras y un futuro tortuoso. Opinaba, además, que «la tierra donde uno ha nacido... nunca parece más hermosa que cuando se está lejos de ellos» (6). El indiano típico de Trueba amasa gran fortuna en el Nuevo Mundo para regresar a su aldea y ahí terminar sus últimos años de vida. En *Mari-Santa* hay dos ejemplos de indianos en forma de don Juan Gorostiza y don Joaquín, ambos que lograron su felicidad al regresar a su aldea nativa. Trueba veía el ultramar con recelo, creyendo que ahí estaba la rutina conducente a la perdición de los jóvenes vizcaínos, a pesar de los atractivos que ofrecía el Nuevo Mundo.

Lázaro, hermano de Angelina, enviaba desde América el dinero para ali-

(6) *Ibid.*, p. 109.

mentar a su familia y pagar la matrícula del colegio de su hermana. Una vez de regreso «con un caudalillo ahorrado» (p. 860), hace todo lo posible por «llevarnos a mi y a nuestra madre a vivir a la ciudad de Madrid». (p. 806) Angelina añadía en su confesión la razón indicada por Lázaro, creyendo él que «civilización es lo contrario de ruralización;» (p. 860).

Al poco tiempo después Lázaro desistiría en sus planes de salir de la aldea. Permanecería allí hasta su muerte, tomando papel activo en las actividades de la comunidad y jamás arrepentido de haberlo hecho.

El párroco, más bien la religión en general, toma papel importante en la obra literaria de Trueba. El cura, mejor dicho la religión y concretamente Dios, era la causa máxima del optimismo de Trueba; de la belleza de la naturaleza y nobleza de las personas. Su creencia en Dios se fundaba en lo ferviente de su fe. «Trueba era, desde el punto de vista religioso, católico de un catolicismo de base un poco sentimental, tradicional, pero un catolicismo español, neto, castizo, sin beatería» (7).

Por medio del padre Francisco, Trueba llegó a conocer a Mari-Santa Gostiza y de este encuentro se formó una amistad que llegaría a concluir en libro suyo. La vida del padre Francisco, aunque en realidad toma papel menor en el argumento de la misma obra, tiene rasgos que años después se verán en Don Manuel. «Su vida, hasta que se ordenó de misa, era una serie de sacrificios, de abnegación, de privaciones...» (p. 18). El padre Francisco había predicado sermones «desde el tronco de un nogal, a los sermones predicados desde el púlpito de una basílica». (p. 18). Era un párroco que, contento de tal oficio en la ciudad de Bilbao, aludía a su preferencia por la aldea, esto a pesar de dar sermones en una basílica.

A su vez Don Manuel «había entrado en el Seminario para hacerse cura, con el fin de atender a los hijos de una su hermana recién viuda, de servirles de padre»; (p. 851). Mientras estuvo en el seminario mostró señas de ser sumamente inteligente pero «había rechazado ofertas de brillante carrera eclesiástica porque él no quería ser sino de su Valverde de Lucerna, de su aldea...» (p. 851). Con similitud vemos también los sacrificios de Don Manuel por hacerse sacerdote y a la vez su preferencia por la aldea.

La protagonista principal en *Mari-Santa* es la persona de tal nombre. Acerca de ella Trueba mezcla un sinnúmero de relatos en esta novela semi-autobiográfica. Le ha parecido mucha coincidencia al autor del actual ver la semejanza entre uno de los personajes menores —Leandro, hijo de la protagonista Mari-Santa— y la vida personal de Unamuno en relación con Trueba.

Bien se sabe que Trueba y Unamuno se trataron, el uno ya maduro

(7) *Ibid.*, p. 40.

y con algo de fama, el otro joven y lleno de esperanzas. A este hecho se refiere la norteamericana Margaret Thomas Rudd al decir: «Trueba it was who first realized the boy's (Unamuno's) potentialities and often talked with him, sometimes on the old stone steps at the end of the Calle de la Cruz (in Bilbao), or perhaps in Lecuona's (a Basque painter's) studio, Miguel never forgot either the friendship or the verses of the poet». (8).

Leandro, el protagonista, cuando por vez primera conoce al autor Trueba era un joven que contemplaba hacer de su vida la del poeta. A través de varios capítulos Trueba conversa con el ilusionado mozo, expresándole sus ideas y a la vez aconsejándole sobre las ventajas y desventajas de tal vocación. Aunque no se debe creer, ni por un momento, que Leandro representa la entidad ficticia del joven Unamuno, tampoco debe rechazarse la posibilidad que de otra manera tal es el caso. Unamuno no es tal personaje por varias razones. En primer lugar *Mari-Santa* salió en 1874, como al principio se ha declarado. Unamuno tenía solamente diez años, mientras Leandro contaba casi veinte. Don Antonio de Trueba muere en 1889, Unamuno contaba ya los veinticinco años para entonces. De este hecho se puede ver la posibilidad de que Trueba también aconseja y expresa sus ideas al joven Unamuno, pero por medio de la amistad, o lecciones de *Mari-Santa*. Es decir, Trueba vuelve a repetir lo que años antes había escrito en papel. Como mejor testigo, por no decir homenaje, tenemos los propios sonetos de Unamuno: (9).

Cuentos de color de rosa  
 nos dejaste, amigo Trueba;  
 su lectura me renueva  
 la niñez esperanzosa.  
 Me ciñen rosas del alba  
 de la vida que he soñado,  
 y me limpian de pecado,  
 que es el niño quien nos salva.  
 Cruzábamos nuestras horas  
 en las estradas de Abando,  
 tú con tus cuentos soñando,  
 tú fuiste, Trueba, el primero  
 que adivinara mi sino;

¡Mejor prueba no la hay!

(8) MARGARET THOMAS RUDD, *The Lone Heretic*, (Austin: University of Texas Press, 1963), p. 38.

(9) *Ibid.*, p. 39. Thomas Rudd cita aquí el *Cancionero* de Unamuno, pp. 349-350.

BIBLIOGRAFIA

- RODRIGEZ-ALCALA, HUGO. *Sugestión e ilusión. Ensayos de estilística e ideas.* Xalapa: Universidad Veracruzana, 1967. pp. 272.  
"El escenario de *San Manuel Bueno, mártir* como incantatio poética", pp. 15-44.
- THOMAS RUDD, MARGARET. *The Lone Heretic.* Austin: University of Texas Press, 1963. pp. 349.
- TRUEBA, ANTONIO DE. *Mari-Santa.* Madrid: A. de Carlos é Hijo, 1874. pp. 302.
- TRUEBA, ANTONIO DE. *Cuentos y cantares.* Estudio previo de P. Alfonso M. Escudero, O. S. A. Madrid: Aguilar, 1959. pp. 517.  
Esta edición es una antología de las principales obras de Trueba, incluyendo al principio una biografía por el recopilador.
- UNAMUNO, MIGUEL DE. *Recuerdos de niñez y de mocedad.* Madrid: A. Aguado, 1958. pp. 473.
- UNAMUNO, MIGUEL DE. *San Manuel Bueno, mártir en Obras selectas.* Madrid: Editorial Plenitud, 1965. pp. 1.152pp. 849-879.